

Documentos

CiDESD

17

Agosto / 2017

Tomado del anaquel, a propósito del natalicio de Oscar Collazos (1942-2015)

Lo que pueda decirse sobre el aporte de la literatura de Óscar Collazos (1942 – 2015) y toda su escritura a la posibilidad de entender la complejidad y desigualdad social de Cartagena de Indias, corre el riesgo de quedarse corto. El riesgo es quizá mayor si se intenta hacer una reflexión consecuente con las herramientas que esa misma escritura y sus reflexiones -en general- otorgaron para la posibilidad de imaginar una ciudad digna y justa; y la posibilidad, también, de habitarla como si fuesen alcanzables la justicia y las condiciones dignas para todas y todos.

Óscar Collazos cumpliría 75 años este 29 de agosto. Nació en Bahía Solano (Chocó) y vivió su niñez y parte de la adolescencia en Buenaventura (Valle del Cauca). En 1966 publicó su primer libro de cuentos. Antes había sido asesor del Teatro Estudio de Cali. En 1969 fue Director de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas (Cuba) y luego viajó a Europa, desde donde escribió novelas y ensayos. En 1989 regresó a Colombia.

En 1998, cuando llegó a Cartagena de Indias, su literatura había recorrido el mundo, igual que él. No pretendemos ser capaces de mejores análisis literarios de los que ya ha merecido y los que seguramente están por elaborar sobre su obra. Pero somos conscientes y testigos de que ayudó como pocos a hacer nombrables, desde su “mirada de novelista”, la tragedia y las contradicciones de esta ciudad que desde entonces habitó, recorrió y enunció.

En conmemoración de su natalicio, desde el Centro Interdisciplinario de Derechos Sociales y Desarrollo (CiDESD) nos permitimos compartir este texto que escribió para una edición especial de nuestra revista *Anaqueles de ciudadanía*, publicada en el último trimestre de 2011, declarado por la Asamblea General de las Naciones Unidas como Año Internacional de los Afrodescendientes. También

participaron en esa revista Roberto Burgos Cantor, Libardo Sarmiento y Ricardo Chica.

Han pasado dos años desde la muerte de Óscar Collazos y seis desde que nos entregó este texto y generosamente se sentó durante la presentación con el equipo de CiDESD (entonces Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo) y las y los integrantes de las organizaciones y movimientos aliados, para construir nociones comunes sobre la posibilidad de trascender y transformar -desde el pensamiento, la palabra y la acción- estas condiciones injustas retratadas desde varias posiciones de lectura y escritura. En la vigencia y agravamiento de esas condiciones, ante este “capital de vergüenza” acumulado en esta ciudad, se extrañan -particularmente- su lectura y escritura.

Afrodescendientes en Cartagena de Indias: una mirada de novelista

(Publicado en octubre de 2011)

Por Óscar Collazos (1942-2015)

El Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo me pide que escriba un texto para esta publicación. “La idea -me precisa Santiago Burgos- es que (...) esperamos contar con la participación de cuatro personas que desde su perspectiva y trabajo, nos puedan dar una mirada sobre la población afrocolombiana y la ciudad.”

Puesto que no tengo otra “perspectiva” que la de mi trabajo de novelista y columnista de opinión en un diario de circulación local y regional (El Universal) y otro de circulación nacional (El Tiempo), el texto que ofrezco es el resultado de dos percepciones: una, formada en la observación cotidiana, y, dos, elaborada a partir de textos académicos (investigaciones, informes, estadísticas, diagnósticos, etc.) que leo con frecuencia. En ambos casos, mi percepción puede parecer limitada por las intuiciones del novelista que descifra la realidad en términos de situaciones ejemplares y personajes mediatizados por la elaboración imaginaria (historias de vida), o por una lectura igualmente interesada, la del escritor público que a través del periodismo expresa opiniones insuficientemente sustentadas.

Me atengo a ambas posibilidades. Empiezo diciendo que, desde los años de mi infancia y adolescencia en Buenaventura (1948-1962), no había vivido en una

ciudad dominada cotidianamente por una población y una cultura inequívocamente afrocolombiana. Y anticipo una conclusión: como en mi experiencia en la capital colombiana del litoral Pacífico, mi experiencia de ya doce años en Cartagena no ha modificado sino en pequeños detalles la percepción que tengo de aquellos años: pese al carácter predominante de la población “afro”, la brecha que la separa de otras comunidades étnicas (blancos y mestizos, sobre todo) es escandalosamente evidente. En otras palabras: como en Buenaventura, también en Cartagena de Indias los niveles de desigualdad social y étnica no se confirman solamente con la información estadística y las investigaciones académicas. Se confirman de manera inocultable en la simple y azarosa cotidianidad. La realidad entra por los ojos.

Visto en panorámica, el mapa étnico y social de Cartagena de Indias describe un territorio fragmentado. Ya se sabe. Las piezas que componen este puzle son caóticas, pero se aglomeran y vuelven compactas en zonas densamente pobladas, mayoritariamente por afrodescendientes: las suroccidental y suroriental y aquella que se aprieta a la cintura del Cerro de la Popa. Este es el mapa visible e inocultable de un primer vuelo de pájaro sobre la ciudad. Pero para que se vuelva un mapa de relieves y contrastes, hay que acabar de componerlo añadiendo las piezas faltantes del puzle: Centro Histórico, Bocagrande, Castillogrande, Manga, El Cabrero y Crespo, donde la ciudad de los estratos altos (cinco y seis) cambia su fisonomía, introduciendo matices y sub-estratos que señalan niveles relativos y cambiantes de riqueza y prosperidad. En los últimos años, este mapa añadirá la zona norte y el corredor turístico y habitacional que se levanta hacia La Boquilla, Manzanillo y Punta Canoa.

El mapa que empecé a “dibujar” desde que llegué a Cartagena de Indias en 1998 lo componía un territorio de contrastes dramáticos y desigualdades que las estadísticas y las cada vez más numerosas investigaciones sobre desarrollo y pobreza no han hecho más que resaltar en la última década. Una amiga cartagenera me decía con la mejor buena fe que la ciudad había progresado, que bastaba mirar las nuevas y elevadas construcciones en Castillogrande y Bocagrande, las intervenciones y remodelaciones de las casonas históricas del Centro amurallado, la aparición de nuevos y preciosos hoteles construidos en antiguas casonas del centro, el auge inmobiliario en Manga, El Cabrero y Marbella y la proyección urbanística del Anillo Vial y Zona Norte; el aumento de la oferta hotelera, el incremento del turismo nacional e internacional, el posicionamiento de Cartagena de Indias como centro de eventos de prestigio, la elección de la ciudad por los inversionistas, la capacidad del puerto, las zonas francas, en fin, signos innegables de lo que comúnmente se llama progreso.

Mi amiga tenía razón. Le añadí otras razones: pese a ser todavía insuficientes, los servicios públicos son mucho mejores que hace diez años, las inversiones en infraestructura urbana superan los índices de la década anterior, el parque automotor sigue creciendo, se ha ampliado la capacidad operativa y planta física del aeropuerto internacional, muy pronto se podrá contar con la solución masiva de transporte –Transcaribe- y es muy posible que, en pocos años, se implemente el transporte acuático.

Según la percepción ciudadana recogida por el programa “Cartagena cómo vamos”, los cartageneros reconocen estos avances sin dejar de señalar sus falencias, se muestran orgullosos de pertenecer a la ciudad aunque, repetidamente, expresen su inconformidad por la poca “cultura ciudadana” de sus coterráneos. En las mismas muestras, vuelven a aparecer las preocupaciones más urgentes de los cartageneros: la movilidad, la seguridad, el trabajo, la vivienda, la educación, la salud, etc.

Un 66% de la población consultada para este valioso ejercicio de percepción ciudadana, pertenece a los estratos 1 y 2, es decir, a los sectores y barrios más pobres de la ciudad, donde el mapa se oscurece, no sólo por sus características étnicas, sino porque es allí donde se destaca en relieves el mapa de la desigualdad. He tenido que decirle a mi amiga que tiene la razón, pero sólo en parte; que es cierto lo que señala como muestras del progreso y crecimiento urbanístico y poblacional de la ciudad, pero que no menos cierto es lo siguiente: la riqueza registrada no ha podido frenar el crecimiento de la pobreza ni reducir los índices de una desigualdad que tiene como protagonista mayoritaria a la población afrodescendiente. Si se mira con detalle, la informalidad económica es ejercida mayoritariamente por afrodescendientes y son estos también los que componen los batallones de mototaxistas que recorren la ciudad.

No hay estadísticas que lo prueben –le dije a mi amiga optimista- pero basta un poco de sentido de la observación para darse cuenta de que otro ejército, este sí de vieja data, formado desde la época colonial, compuesto por mujeres afrodescendientes de todas las edades, satisface la demanda informal de servicio doméstico. Y por una de esas paradojas de la ciudad, resulta que son estas mujeres, por lo general mal pagadas y expuestas a toda clase de humillaciones, las que construyen la feliz leyenda de la “sazón caribeña”, retórica que alimenta más de una promoción turística, coronada por la iconografía de la palenquera que pregona frutas y dulces autóctonos. De origen afrocolombiano es otra de las leyendas adornan la ciudad: la música y la danza, pero cuando uno ve a los jovencitos y jovencitas que bailan mapalé en las plazas del Centro, no puede olvidar a las que se prostituyen por unos pesos.

No ha dejado de escandalizarme que, por ejemplo, los signos exteriores del progreso y la internacionalización acelerada de la ciudad portuaria y turística, no tengan relación con su vida política y que la manera de hacerla tenga el carácter rudimentario y pre-moderno de la ciudad de hace 20 años, que su clase política apenas se haya transformado y que las leyes de la herencia familiar dominen sobre la movilidad social que implicaría el posicionamiento de una nueva clase política en los asuntos públicos. Me sorprende que, en medio de procesos de aggiornamento fieles a la dinámica de la globalización económica, Cartagena siga siendo una ciudad sin ciudadanía.

La ciudad de Cartagena ha sido pocas veces pensada espiritualmente como ciudad moderna. El urbanista y sociólogo catalán Jordi Borja señala, en un célebre texto sobre Ciudad y ciudadanía, que “la ciudad es intercambio, comercio y cultura. No es solamente "urbs", es decir, concentración física de personas y edificios. Es "civitas", lugar del civismo, o participación en los quehaceres públicos. Es "polis", lugar de política, de ejercicio de poder.”

La ciudad es todo esto, pero es igualmente el territorio de la ciudadanía, esa gran ausente en Cartagena de Indias. Por una torpe o ingenua confusión, se sigue confundiendo habitantes con ciudadanos. Y lo que resulta de esta confusión es algo que deseo señalar en este texto: la ausencia de ciudadanía ha permitido que las víctimas de la desigualdad no tengan una actitud participativa sobre la ciudad y sus gobernantes sino unas esporádicas manifestaciones de disgusto o protesta, fácilmente domesticadas por políticas asistencialistas que no conducen a cambios estructurales.

La ciudad ha registrado, sin embargo, considerables cambios en la percepción de su identidad cultural. Y uno de esos cambios ha significado un empoderamiento de la población afrodescendiente y un mayor interés de la Academia por ofrecer herramientas que superen la desigualdad, al menos en términos culturales. Hoy, Cartagena de Indias se reconoce más afrodescendiente que hace una década. Se han superado parcialmente los complejos que impedían el auto-reconocimiento étnico, más allá de las claves aportadas por los censos de población. Y aunque esto no ha modificado la situación de desigualdad material, ha sido el comienzo de un proceso de toma de conciencia que, paulatinamente, puede llevar a la formación de una ciudadanía afro más participativa.

La conmemoración del Bicentenario de la declaración de Independencia absoluta de Cartagena de Indias no ha soslayado sino destacado el carácter afrocolombiano y multicultural de la ciudad. Dos de los héroes de esas gestas (el mulato Pedro Romero y el zambo José Prudencio Padilla) ocuparon la primera línea del escenario conmemorativo, sirviendo de apoyo a un proceso de identidad

cultural, social y política que en décadas anteriores había sido ignorado o apenas esbozado por la historia oficial.

En el transcurso de los próximos años se podría dar otra situación paradójica: la conciencia de la desigualdad étnica y social será mayor, como mayor el rechazo de las injusticias padecidas por los afrodescendientes, pero sólo se habrán dado unos pocos pasos para conducir a Cartagena por la senda de un progreso que signifique la superación de estas desigualdades. Las raíces del mal son estructurales y las soluciones propuestas parecen ser sólo coyunturales. Cuando veo las filas humillantes de cientos y miles de afrodescendientes beneficiarios del programa Familias en Acción, lamento que estas ayudas sólo mitiguen el hambre de unos pocos días y no sirvan ni siquiera para transformar la conciencia de esta gente: no les servirá para asumir la responsabilidad de ciudadanos sino la de víctimas de la pobreza que esperan gestos paternalistas por parte del Estado.

Hace unos años escribí una novela que tiene a Cartagena como trasfondo. La titulé Rencor. Era el resultado y la prolongación de un modesto trabajo periodístico que me llevó a entrevistar a niños del barrio Nelson Mandela, todos ellos de familias desplazadas por el conflicto. Muchos provenían del Urabá antioqueño y chocoano, del sur de Bolívar, de las sabanas de Sucre y Córdoba, de los Montes de María. Me propuse hablar de la tragedia de estas familias pero también de la vida de unos niños que pronto serían adultos en un territorio marcado por la violencia y las desigualdades.

Elegí los escenarios que había conocido en 8 años de vida en la ciudad: el Nelson Mandela, el mercado de Bazurto, el Centro histórico y el sector de Castillogrande. De un extremo a otro de estos barrios se mueven los personajes de mi novela: de la extrema pobreza a la extrema riqueza. La protagonista de Rencor es afrodescendiente, joven y hermosa pero igualmente frágil. Es un sujeto fácilmente moldeado por sus circunstancias de desprotección y marginalidad. El mundo donde se desenvuelve su madre, traza diariamente una línea contradictoria de uno a otro extremo de la ciudad. Sobrevive en medio de la miseria pero trabaja en medio de la riqueza. Son más las horas que pasa en las últimas que las que debe padecer en su propio hábitat.

Dos o tres personajes relevantes de la novela me sirvieron para dibujar este paisaje de luz y sombras: un joven pandillero, un padre precipitado al abismo de la desesperación, una madre abnegada que envejece prematuramente, una niña prostituida patéticamente, una protagonista envilecida por el propio padre, un patrón rico que prostituye a la joven, unos pajarracos que, como miserables seres humanos, mendigan desechos al pie de una ciénaga de aguas fétidas.

Conozco bien los escenarios reales de mi novela y creo que han cambiado poco o nada. Una excepción: el sector donde vivía el joven pandillero (San Francisco) ha desaparecido.

Cartagena de Indias ha seguido siendo una obsesión para el escritor que no puedo dejar encerrado en el armario cada vez que salgo de mi residencia en Crespo, me introduzco por Canapote, paso por Daniel Lemaitre, llego a San Francisco, atravieso la línea sinuosa de la Avenida Perimetral, veo chapotear niños desnudos entre el lodo pútrido, una madre joven y preñada que carga en la cintura a otro hijo de meses, salgo al Olaya y me dirijo por el barrio 13 de Junio hacia Ternera, adonde voy dos veces por semana. En este recorrido, reconozco más afrodescendientes que mestizos y blancos. Unos cuantos signos de prosperidad se entrometen en la extrema pobreza. Hay una desigualdad manifiesta al interior de la desigualdad. Medio siglo después, cada vez que atravieso estos territorios de hambre y miseria, regreso a la Buenaventura de mi infancia. Es como si nada hubiera sucedido y lo que ha dado en llamar la “deuda histórica” hoy fuera un inmenso capital de vergüenza.